

EL DESARROLLO URBANO COMO DEVORADOR DEL PAISAJE NATURAL

El paisaje es cultura y precisamente por eso, es algo vivo, dinámico y en continuo crecimiento. Actualmente determinados paisajes son sometidos a transformaciones demasiado repentinas, intensas y rápidas, lo que les conduce a una evidente degradación y banalización, en términos de pérdida de sus valores físicos, patrimoniales y simbólicos (Nogué, 2007, pág. 373).

Los lugares donde se ha consolidado un desarrollo urbano han dejado de ser paisajes naturales, pasando estos a ser parte del paisaje urbano, el concepto de paisaje está referido fundamentalmente a la imagen de un área o territorio determinado, ya sea rural, urbano, acuático, atmosférico, o una situación combinada entre estos (Perez, 2000, pág. 33). La imagen de un territorio es cultura, por ende, el paisaje es algo vivo, dinámico y en continuo crecimiento. La definición de paisaje urbano bajo el contexto ambiental, hace referencia al concepto de una relación entre el hombre, su cultura y la naturaleza, según esto el valor del paisaje se expresa en el grado de integración entre el campo y la ciudad, sumado a esto el paisaje urbano también encierra la interpretación perceptiva del valor visual de la ciudad en concreto, sus elementos construidos, sociales y naturales.

Hoy en día el acelerado crecimiento de las ciudades, generalmente dada por una urbanización diseminada sin pautas ni control, la construcción de infraestructuras de todo tipo (muchas veces desligadas del contexto del lugar), la globalización de las modas, el avance de tecnologías, entre otros factores han generado una pérdida de los valores del paisaje urbano, tal transformación paisajística cuestiona la identidad de muchos lugares de este paisaje, proceso afectado por una reciente (siglo XX) banalización urbanística y arquitectónica, sobre todo en zonas de expansión urbana, nuestras geografías cotidianas están llenas de paisajes incógnitos y de territorios ocultos, en buena medida debido a su compleja legibilidad. Cuando no entendemos un paisaje, no lo vemos. Es evidente que la estructura y morfología del paisaje urbano cambia radicalmente con el paso del tiempo, y esto no significa un error, no obstante, hasta hace poco tiempo, los usos del suelo (urbano, expansión urbana o suburbano y rural) tenían límites relativamente nítidos, era sencillo percibir donde terminaba la ciudad y empezaba el campo, los cascos urbanos se presentaban compactos, proyectándose a su alrededor el espacio agrícola, un paisaje natural que ocupaba las tierras fértiles de la llanura cercana, si era el caso o del piedemonte de las montañas en los demás casos.

Ahora la realidad es distinta, el paisaje urbano devora con tal velocidad el paisaje natural, sin alguna intención evidente o idónea de corregir los errores que desde el nacimiento de las ciudades se han cometido, se está transformando el paisaje natural, un paisaje con tanto simbolismo, con tanta historia y con tanto valor natural (recursos, fauna, flora) en uno, muchas veces sin rumbo ni personalidad aparente, llenos de autopistas, autovías, zonas industriales (contaminación), barrios marginales (desigualdad) y cinturones orbitales (inseguridad). Potentes ejes viales imprescindibles para “el avance” y los nuevos

sistemas de transporte, (sin embargo, siempre amenazantes de colapsar), que además de todo, ha dejado de comportarse como un ecosistema, como un elemento vivo y natural para evolucionar a una máquina que no hace más que consumir recursos y desecharlos a los paisajes que le rodean.

Lo anterior desde el punto de vista de impacto ambiental se puede evidenciar en la extracción de materiales (desde el inicio de las ciudades) como fuentes de energía y materia prima para el desarrollo de las mismas ciudades, la apertura de recorridos generalmente irracionales en sitios de interés turístico como miradores, la degradación de bosques por acción de incendios forestales generalmente ocasionados por la intervención del hombre, la erosión del suelo en todas sus gamas, hasta extremos de grave destrucción, afectación de ríos y quebradas, desaparición de vegetación autóctona e integración de especies ajenas a los lugares (desaparición del equilibrio original ecológico y la desintegración del ecosistema natural), estas y muchos más eventos son los encargados de alterar el paisaje natural en una primer instancia. No obstante, la expansión urbana, el descontrolado crecimiento de las ciudades, (generado por la corriente migratoria de lo rural a lo urbano y los avances de la tecnología), la carencia o aparición tardía de una legislación ambiental, tanto en aspectos sociales como físicos (manejo de los usos del suelo y recursos ambientales) y sobre todo el mal manejo de los residuos que generan las ciudades, aspectos que ahora identitarios del paisaje urbano, aumentan en gran medida el impacto dentro del mismo paisaje urbano como en el paisaje natural.

El paisaje urbano, sobre todo desde los acontecimientos de la revolución industrial, ha dejado de funcionar como tal, convirtiéndose en un organismo, aunque viviente, desprevenido del impacto que genera, ha resultado en el surgimiento de un paisaje banal y mediocre, en territorios sin rumbo y personalidad aparente, despojados de su carácter primigenio o razón de ser, y sobretodo, devorador de todo otro tipo de paisaje, incluso de él mismo. Aunque actualmente la protección de los elementos del paisaje natural dentro de las ciudades y en sus periferias se ha convertido en prioridad dentro de las políticas, estrategias y procesos de planeación en los últimos años (Ley 388 de 1997 por mencionar una) es necesario repensar el significado de paisaje tanto natural como urbano en las estrategias desarrolladas, reforzar los aspectos de identidad del paisaje para fomentar la preocupación y cuidado del mismo por parte de entes públicos y privados, los cuales han tergiversado en lo posible tales estrategias para el beneficio propio.

En contra del capitalismo desarrollado actualmente un enfoque de las estrategias puede buscar como objetivo la recuperación o compra de terrenos (por parte del municipio) que posean valor tanto simbólico como patrimonial, con el fin de preservar el paisaje natural y convirtiéndolo en un controlador del equilibrio ambiental de las ciudades. Por otro lado, a lo que respecta sobre el valor simbólico e identitario es importante considerar vías de intervención socialmente consensuadas, (traer a las personas a la participación de las mismas) revisando los paisajes de referencia del lugar determinado, ampliando su

abánico e introduciendo elementos identitarios tanto antiguos como nuevos, con el fin de encontrar nuevos paisajes con los que la sociedad se identifique positivamente, esto se logrará dotando nuevamente de valores al paisaje urbano actual.

Julian Andrés Alarcón Martínez
Corporación Universitaria del Meta
Decimo semestre
317 5792204
Carrera 9 No. 3a-10 Barrio las villas (Tauramena-Casanare)